

El reino de los lugares comunes

Alejandro Zambra



“**U**no empieza a leer porque es un niño, porque no tiene otra cosa que hacer, porque está disponible para los sueños ajenos”, observa César Aira en “Contra la literatura infantil”, un bello artículo destinado a explicar en qué radica su aversión -y la de otros muchos escritores, Borges el primero- por los libros promocionados como exclusivamente para niños y hasta clasificados por “la sospechosa raza de los psicopedagogos” en rígidos grupos etarios: de 3 a 5 años, de 6 a 8 y, así, hasta que el lector se haga grande y ya esté en condiciones de leer libros “de verdad”. Es ese insolente paternalismo lo que molesta de “El reino del Dragón de Oro” (Editorial Sudamericana), novela juvenil -o infantil, qué más da- con que Isabel Allende continúa la saga iniciada con “La ciudad de las bestias”.

Aunque la editorial se cuida de tal sesgo en la contratapa (es “una novela espléndida, para lectores de todas las edades”, va y asegura), la autora es incapaz

de eludir la moralina y, sobre todo, la chochería. Por lo mismo, cualquier niño saludable debería bostezar profusamente con las aventuras de Alexander Cold y Kate (su abuela buena onda, estafalaria, reportera de una importante revista de viajes), aventuras que, en cambio, sólo po-



La nueva novela juvenil -o infantil- de Isabel Allende sólo podría resultarles entretenida a esos adultos bobos que creen que la literatura tiene que entregar mensajes y enseñanzas.

drían resultarles entretenidas a esos adultos bobos que creen que la literatura tiene que entregar mensajes y enseñanzas. A estos grandotes posiblemente les encantará ver a Alex y a su abuelita viajando al Himalaya y luchando por una buena causa: preservar la estatua del Dragón de Oro -una efigie incrustada de joyas que man-

tiene el equilibrio del lugar y es, también, un formidable medio de adivinación- de esas personas malas que quieren arrebatárselo para darles curso a oscurísimos planes.

El bando de los buenos lo completan Tensing y el príncipe Bahadur, quienes aprovechan de sembrar la buena nueva del budismo entre los jóvenes lectores que, después de repasar las trescientas y tantas páginas del volumen, quedarán presumiblemente tan compenetrados con las filosofías orientales, que de seguro serán incapaces de robarle el pan con mermelada al compañero de banco.

Isabel Allende no redacta mal: su prosa no tiene demasiado que envidiarle a la de otros escritores de bestsellers. El problema es que muchos se han puesto de

acuerdo en que la autora hace literatura, y ella misma, recientemente, se ha mostrado dolido por lo que conceptualiza como el “chaqueto” tan habitual de los chilenos, que se niegan a reconocerle una “brillante trayectoria literaria que, con los años, no ha dejado de acrecentar su prestigio”, según reza la solapa de su nueva novela.

En “El reino del Dragón de Oro”, los lectores de todas las edades se encontrarán con una retahíla de lugares comunes ecologistas y humanitarios que, por cierto, no está de más tener en cuenta: el asunto es que la novela resulta menos vivificante y desde luego menos placentera que un viaje por el día al Cajón del Maipo o una clase familiar de yoga.

A la espera de una nueva temporada de “31 minutos”, lo más probable es que muchos niños se vean obligados -por sus padres, por sus profesores, por esos tíos culturosos que aparecen para Navidad- a aburrirse de lo lindo con esta historia maquetada e infinitamente prescindible.